

DOMINGO DE RAMOS

Evangelio (Lucas 19, 28-40): *Si estos callan, gritarán las piedras.*

1ª lectura (Isaías, 50, 4-7): *El Señor Dios me ayuda.*

Salmo (21, 8-9, 17-18a, 19-20, 23-24): *«Dios mío, Dios mío. ¿por qué me has abandonado?»*

2ª lectura (Filipenses, 2, 6-11): *Cristo, se despojó de sí mismo.*

Pasión (Lucas 22, 14 – 23, 56): *No encuentro culpa alguna en este hombre.*

El ser humano dijo:

*“Hagamos a Dios a nuestra imagen y semejanza;
que actúe como actuamos nosotros,
que piense como pensamos nosotros;
que mate como nosotros matamos”.*

*El ser humano creó un Dios a su medida,
y lo bendijo diciendo:*

“Muéstrate a nosotros

y pon la tierra a nuestros pies;

no te faltará nada,

si haces siempre nuestra voluntad”.

Y así fue.

El ser humano vio todo lo que había hecho

y estaba muy satisfecho de ello.

Así fue el día anterior al fin.

(Lectura del Anti-Génesis, de C.E.P. “fragmento”)

Los habitantes de Jerusalén, que vieron pasar al Maestro montado en un borriquillo, intuían que en esa persona había vida de la buena; además, pronunciaba palabras que salían de un corazón apasionado por los sencillos, por las mujeres, por los enfermos, por los niños, por... toda la gente que no era tenida en cuenta y salían de Él gestos sanadores que le llevarían a ser considerado el Mesías de Israel. Lo que les resultaría más complicado, como a nosotros, sería comprender que ese título no se lo iban a entregar las autoridades humanas, que tal honor correspondía al mismo Dios, que estaba disponiéndose a realizar la nueva y definitiva Alianza con toda la humanidad, no como la que había hecho con ellos en el pasado.

Cualquier colectivo humano, cuando tenemos por delante unos días de fiesta, nos hacemos la pregunta de qué podemos hacer juntos durante estos días. La tendencia actual, en el tiempo de ocio, es romper la rutina de la vida ordinaria. Para eso tenemos diferentes opciones: escapar del lugar en el que se reside; realizar actividades diferentes a las que se hacen habitualmente; juntarse con personas afines para compartir los proyectos de vida que estamos intentando sacar adelante o, simplemente, quedarse en casa a descansar.

A lo largo de esta semana, en muchos pueblos y ciudades de nuestro mundo, pasaremos las imágenes doloridas de la pasión y muerte de nuestro Señor Jesucristo. En algunos lugares incluso se representará el drama de la pasión y otros rituales ancestrales que atraen visitantes y son calificados como de interés turístico nacional, internacional y hasta vacacional. En España, más concretamente en mi ciudad, los cortejos pasionales son acompañados por cofrades que, mayoritariamente, son más tradicionalistas que religiosos.

Estas “procesiones”, medidas por el número de participantes activos y también pasivos, la gente que sale a la calle para ver pasar los pasos y las largas filas de “capirotos”, no tienen correspondencia con la participación en las celebraciones litúrgicas de nuestras parroquias y otros templos de nuestra ciudad. Bien es verdad que, de unos años a esta parte, ha aumentado el número de personas y de grupos que en estos días se retiran a monasterios y otros lugares de descanso para celebrar, reflexionar y compartir la vivencia de este misterio central de nuestra fe: La Muerte y la Resurrección de Jesús.

Las comunidades cristianas, desde el comienzo de su existencia, trataron de celebrar este acontecimiento salvífico desde el acontecer de la vida cotidiana de cada creyente y de cada comunidad. De ahí la referencia bautismal que tiene esta semana todos los años; nuestra vida de personas creyentes está para siempre sumergida en la muerte-vida de Jesucristo, el Hijo de Dios.

La persona creyente, al modo de Jesús, aparece como diferente de todos los demás, porque vive siempre una vida que no es la suya, que no le pertenece; una vida “eterna” que nos ha sido regalada por el Padre-Madre-Dios en el Hijo, animada y acompañada, además, con la fuerza y la pasión del Espíritu Santo. Por eso, cuando los creyentes nos tomamos en serio y aceptamos con gozo este regalo, nos sentimos dispuestos a todo: a vivir nuestra vida a tope, a compartirla con cualquier persona que esté a nuestro lado y a entregarla, si fuera necesario, para que otros tengan la vida digna que merecen por ser hijos de Dios.